

nales que generan violencia, para reemerger repolitizado en clave militarista.

Aunque hoy son las poblaciones de algunos países empobrecidos las que tristemente ponen las víctimas de los drones, la “cultura del dron”, como bien trasmite el autor, nos afecta a todos porque degrada los niveles de lo que es aceptable en el marco político y jurídico –e incluso ético– de las relaciones globales. La “cultura del dron” forma parte de la *Gran Involución*, ese movimiento de desposesión, degradación de derechos y ensanchamiento de las asimetrías que está reconfigurando el actual orden global. En definitiva, a través del examen de la “cultura del dron” el libro de Luján arroja luz sobre el ensamblaje de relaciones de poder que posibilita el ejercicio de la violencia estatal y el control social en el siglo XXI.

*Nuria del Viso*  
FUHEM Ecosocial

## NARCOTRÁFICO Y CRIMEN ORGANIZADO. ¿HAY ALTERNATIVAS?

Mabel González Bustelo

Icaria, Barcelona, 2014

237 págs.

Cuando escribo este texto aún retumba en nuestros oídos la última, por el momento, detención de Joaquín Guzmán Loera, El Chapo. Durante días hemos podido ver, escuchar y leer montones de detalles sobre su cautiverio, sobre la relación y fascinación que se estableció entre el Chapo y la actriz Kate del Castillo, sobre los deslices que permitieron descubrir al narcotraficante o sobre la entrevista que Sean Penn le hizo.

Sin embargo, se han ofrecido pocos análisis sobre el narcotráfico y sus consecuencias e impactos en términos sociales, políticos y eco-

nómicos. Como tantas otras veces, se ha hablado de lo anecdótico y se ha dejado fuera de plano lo sustancial.

Por eso hacen falta libros como el que ha escrito Mabel González, para ayudarnos a entender mejor algunos de los importantes fenómenos que nos acechan y cuya complejidad suele pasar desapercibida. Mabel González, una periodista con una larga trayectoria de análisis en el ámbito de conflictos y seguridad, nos ofrece la posibilidad de adentrarnos en un mundo del que sabemos muchas cosas (noticias puntuales, alguna matanza, algún episodio concreto, etc.) pero que habitualmente desconocemos en su profundidad y alcance.

El libro, profusamente documentado, ofrece un análisis del narcotráfico, del que destaca su capacidad de adaptación y evolución en un entorno cambiante, analiza críticamente la política sustentada en la prohibición, ofreciendo buenos e interesantes elementos para el debate, y pone en duda la lógica, y supuesto éxito, de priorizar la dimensión militar que hasta el momento la comunidad internacional ha dado a la lucha contra el narcotráfico.

La realidad del mercado global de las drogas es contundente: una media de 230 millones de personas en todo el mundo consumen, al menos ocasionalmente, algún tipo de droga ilegal. Solo en Estados Unidos, el valor económico de las ventas de drogas ilícitas se estima en 150.000 millones de dólares. El crimen organizado alrededor del comercio de drogas tiene graves y evidentes consecuencias humanitarias y de salud pública pero también, por sus implicaciones, contribuye a la perduración o degeneración de los conflictos armados, a la proliferación armamentística y a la virulencia de terrorismo y otras formas de violencia. Como apunta la autora «la interacción de economía ilegal, violencia y conflictos ha generado contextos donde es difícil definir cuáles son las causas y motivaciones de la violencia y cuál la verdadera naturaleza de los actores armados» (p. 27).

Un crimen organizado que es cambiante. González señala que la fijación por los “capos”

forma parte de un esquema que, aunque jugoso en la ficción, se encuentra fundamentalmente superado en la realidad. El narcotráfico y el crimen organizado mutan rápidamente, se adaptan y sobreviven a los embates que reciben y, por ejemplo, aunque mantienen evidentes dimensiones jerárquicas, también han sabido desarrollar dinámicas organizativas más “actuales”, en clave de descentralización, mayor movimiento y flexibilidad, etc.

En general, el narcotráfico y el crimen organizado han sabido adaptarse, y aprovechar a fondo, mejor que otros sectores, los cambios provocados por la globalización: la producción, las rutas de tránsito y el consumo se producen en lugares diferentes, siempre buscando el mayor encaje en función de las necesidades y de la capacidad de sortear las limitaciones que sufre.

Por ello, la autora destaca que algunos ataques al narcotráfico muy localizados y puntuales ofrecen poca posibilidad de éxito. El acoso, por ejemplo, del negocio de la coca en Colombia puede redundar, en el llamado “efecto globo”, a un traslado de cultivos a Perú o Bolivia. Como apunta la autora «en el conjunto del área andina, la superficie total de cultivo y producción se ha mantenido relativamente estable durante décadas» (p. 77).

Una mirada crítica a la política de prohibición total de las drogas recorre todo el libro. Y es más que razonable que así sea. En términos históricos, siempre han existido “drogas” y ello no ha supuesto en ningún momento un problema grave para la salud y la seguridad. En términos políticos, aunque solemos considerar lo contrario, la política prohibicionista es reciente, se fundamentó en consideraciones políticas (y de otro tipo) discutibles y su “consenso” se alcanzó más por evitar ser anatemizado que por una fuerte convicción respecto a su acierto. La autora aporta datos, fechas y contextos que culminaron en la creación, algo ficticia y débil, de este consenso prohibicionista.

Y es que, tal como pasó con el alcohol, la prohibición y la represión del consumo de dro-

gas ha conseguido un considerable número de efectos contrarios a los deseados: más consumo, mayor extensión de la producción, incremento de la criminalidad al crecer los grupos que querían entrar en el mercado ilegal y sus beneficios, etc.

Por otro lado, países que han intentado otras vías, como Portugal, han conseguido algunos buenos indicadores en salud pública y, en cambio, no se ha apreciado un incremento descontrolado de consumidores o de atracción de narcotraficantes.

A parte de la falta de visión que supone no entender que en muchas zonas hay un cierto vínculo cultural con algunos cultivos y que, en otros casos, supone el único sustento para muchas comunidades empobrecidas. En muchos de esos casos, una lucha frontal contra las drogas (como los planes financiados por los países desarrollados y, especialmente, los Estados Unidos) que suponga fumigación y erradicación –sin diálogo ni ofrecimiento de salidas para las comunidades afectadas– puede ser percibido como un ataque que, en cambio, facilita el acercamiento de esos sectores a las organizaciones criminales que trafican con drogas.

Es una tendencia muy generalizada la de abordar y enfocar problemas complejos de índole social, política y económica con respuestas militares simplistas. Una tendencia tan generalizada como negativa. No solo porque no supone solucionar los problemas planteados sino porque, en términos estrictos de seguridad, ofrece resultados negativos. Lo vemos en algunas cuestiones de la política exterior e internacional existente, en el enfoque de la lucha contra el terrorismo (ignorando que, por ejemplo, su crecimiento ha ido a la par que la “guerra contra el terrorismo”) y, tal como apunta la autora, se puede percibir perfectamente en el ámbito de la lucha contra las drogas. Los numerosos planes, bajo el enfoque de “guerra al narcotráfico”, no han supuesto una disminución significativa del acceso, tránsito y consumo de drogas, sino más bien un recrudescimiento de las dinámicas criminales y mafiosas. Así, tanto la actividad del cri-

men organizado como la respuesta militarizada han generado un sinfín de atropellos a los derechos humanos y las libertades y, en los entornos de conflicto armado, han supuesto una intensificación de los procesos de violencia.

El libro pone el foco en América Latina y analiza profusamente los casos de México y Colombia. Siendo una región fundamental en el mercado de las drogas, fruto de su cercanía a Estados Unidos, es evidente que América Latina ha sido receptora “privilegiada” del enfoque “oficial” de respuesta militarizada. Y, por ello, también han emergido más voces críticas con ese enfoque.

Y, otra vez, nos damos cuenta de la prioridad que, en términos de políticas oficiales de seguridad se da a las repuestas reactivas militares (sean adecuadas o no) frente a las políticas de promoción, prevención y consolidación de la paz. Si Estados Unidos contribuyó con 10.000 millones de dólares al Plan Colombia (que fundamentalmente se centraba en la ayuda militar, obviando otras dimensiones), este mes de febrero, y ante las perspectivas de paz en Colombia, se comprometió con solo 400 millones para respaldar el proceso de paz.

Aunque la autora ofrece un interesante capítulo sobre alternativas y otros enfoques (despenalización, fin de la prohibición, no centrarse tanto en la oferta y actuar sobre la demanda, etc.), es evidente que nos encontramos ante un problema de enorme complejidad: por sus muchas vertientes (económicas, sociales, sanitarias, etc.) y por su dimensión global, aunque con problemáticas específicas y locales. No es fácil dar con alternativas ni proclamar su absoluta fiabilidad. Toda intervención, propuesta o política que se implemente puede generar impactos no previstos o efectos colaterales negativos en otros aspectos.

Pero quizá va quedando claro que la política de prohibición total y de “guerra contra las drogas” ha generado mayores y peores impactos que las drogas en sí mismas.

Por cuestiones de salud pública y de garantías en términos de seguridad, libertades y dere-

chos, es imprescindible que la comunidad internacional se plantee otras miradas, enfoques y estrategias en la política sobre las drogas. Libros como el de Mabel González ayudan a ello.

Jordi Armadans

Politólogo, periodista y director de FundiPau

## RAZÓN, FE Y REVOLUCIÓN

Terry Eagleton

Paidós, Barcelona, 2012 [2009]

222 págs.

Frente a cualquier obra de Terry Eagleton suelen existir al menos tres buenos motivos para consagrar nuestro tiempo a su lectura: se trata de un coloso del pensamiento humanista actual con una vastísima cultura interdisciplinar, además se trata de un gran escritor agraciado con el don de poseer un inteligente (a la par que agradablemente disparatado) sentido del humor. ¿Y el tercero? Como colofón, el catedrático de la Universidad de Mánchester y miembro de la Academia Británica es uno de los marxistas más lúcidos de nuestro tiempo. Pues bien, estas tres características están felizmente reunidas en *Razón, fe y revolución*.

¿Pero qué hace un socialista militante, que se atrevió a escribir un libro defendiendo a un histórico ateo (*Por qué Marx tenía razón*, Península, 2011), hablando de una cuestión como la fe? “Razón” y “revolución” se sobreentienden dada su perspectiva política, ¿pero fe? ¿Acaso estamos de vuelta con la teología de la liberación o más bien se trata de un ensayo mediante el cual, apostando decididamente por la *razón*, anulamos la *fe* e iniciamos la *revolución*?

En realidad, la obra que nos ocupa surge de unas conferencias impartidas en el marco de la Fundación Dwight Harrington Terry en la